

gando que á estos no les faltarian predicadores ni confesores, como á los pobres y humildes.

Y es buena prueba de esto, lo que le pasó con un gobernador que se vino á confesar con el P. Almeida. Recibióle y confesóle la primera vez, y cuando vino la segunda, temiendo que le habian de estimar por confesor del gobernador, le suplicó que no se confesase más con él, porque no era bueno para confesor de gobernadores, que pedian personas de más autoridad, y él era confesor de negros y esclavos, de que no poco se admiró el gobernador, estimando su humildad.

Hija fué tambien de su humildad la altísima pobreza con que vivió en la religion, no teniendo cosa alguna que no fuese pobre y humilde, precisamente necesaria y con licencia expresa del Superior. Todas sus alhajas eran una silleja de costillas, la más vieja de la casa, una cestilla de paja en que guardaba los cilicios y los papeles que escribia, una imágen de papel, una cruz de palo y una tabla en que dormia con ménos abrigo que el más pobre mendigo; este era el menaje de su aposento, y su vestido el más pobre, viejo y roto de la casa.

Si algo le daban, aunque fuesen cosas de devocion para repartir á los indios, siempre lo llevaba al Superior, diciendo que en su poder estaria más guardado.

Tenia por afrenta que los pobres con quien trataba, le llevasen la ventaja en la pobreza, y por esto no llevaba matalotaje en los caminos, y todos los hacia á pié y muchas veces descalzo por tierras espinosas y pedregales con su báculo en la mano, con que se hallaba siempre aprestado para cualquiera empresa que se ofrecia del servicio de Dios.

Tambien mostró su humildad en el rendimiento que tuvo á la santa obediencia, en que, como dijimos arriba, fué extremado, haciendo voto de nunca proponer ni replicar á cosa que le ordenasen, el cual cumplió exactísimamente obedeciendo con suma prontitud y presteza á la voz del Superior como si oyera la del mismo Dios; y no solamente á la de los Prelados, sino de otra cualquiera persona que le mandase ó dijese cualquiera cosa, como del cocinero en la cocina y del portero ó sacristan en sus oficios, por la sombra que tenian de superioridad. Era tan presto en la ejecucion, que sólo con la muestra de la voluntad se abalanzaba á cualquiera obediencia por difícil que fuese, de que fué buena prueba lo que le sucedió pasando de S. Pablo á otra residencia en compañía de su Provincial, y llegando á un rio arrebatao que bajaba entre dos montes. El Provincial se detuvo insinuando que seria bueno probar primero el vado; esta pequeña insinuacion tomó por obediencia el P. Almeida, y luego, sin más deliberacion, se abalanzó al rio, el cual le

arrebató con su corriente y dió con él en el tronco de un árbol, cubriéndole de agua, y cuando le lloraban por ahogado, levantó la cabeza é hizo pié diciendo: «No hay que dar pena, que no puede suceder cosa mal hecha por obediencia,» y salió sin lesion del rio con estima de su obediencia y admiracion de todos, que dieron muchas gracias á Dios por haberle sacado con vida de aquel peligro: de esta manera pudiéramos contar otras muchas obediencias muy dificultosas y penosas que ejecutó el siervo de Dios con la misma prontitud que la referida.

IX

De su oracion y devociones que tuvo con los Santos.

El fuego de amor divino, que ardia continuamente en el corazon de este fidelísimo siervo de Dios, no le permitia olvidarse un punto de Él, aún en medio de todos los negocios y ocupaciones exteriores, para conversar y tratar con quien tanto amaba, y por esta causa habia fabricado en su corazon un oratorio, como lo hizo Sta. Catalina de Sena, en que se retiraba á orar, ó por mejor decir, oraba siempre, aunque en lo exterior comunicase con los hombres.

Así en casa como en el campo, así en la tierra como en la mar, de dia y de noche, solo y acompañado, se retiraba con el espíritu á este retrete que traia consigo, á orar y descansar con Dios. Tenia en él tres altares; en el principal miraba y reverenciaba á la Santísima Trinidad, de quien fué devotísimo; en el de la mano derecha, al Santísimo Sacramento, y en el de la izquierda, á la Santísima Virgen y al Glorioso S. José, y con todos oraba y trataba los negocios que traia entre manos, y por esto decíamos que nunca cesaba de orar.

Este era como el ejercicio ordinario, fuera del cual tenia cuatro horas señaladas cada dia para la oracion mental, que eran desde las dos de la mañana que se levantaba hasta las seis; luego gastaba otras dos horas en cumplir varias devociones que tenia con los Santos, de que despues haremos mencion; y, concluidas estas, se preparaba muy de espacio para la Misa, la cual decia con grande sosiego, espíritu y devocion.

Fué más que ordinaria la que tuvo al Santísimo Sacramento del Altar. Despues de la Misa daba gracias muy de espacio, regalándose con el Señor, que tenia en su corazon, de quien recibia grandes ilustraciones y mercedes y luz para lo que habia de hacer.

Por la tarde acudia á los ministerios de los enfermos y predicacion de los

indios, y luego se retiraba delante del Santísimo Sacramento á la oracion, y si en la iglesia no podia, se iba á algun oratorio, á donde se encerraba con Dios y gastaba el tiempo que los hombres le dejaban; siempre oraba de rodillas y las manos levantadas al cielo, y estaba tan elevado y como absorto en la contemplacion, que no atendia á lo que pasaba en la iglesia ó en el lugar en que oraba, y así, aunque algunas veces entraban y salian personas, no podia dar fe de ellas.

Todos los dias gastaba dos horas en rezar el oficio divino con toda la atencion, pausa y consideracion que podia; y, para moverse á devocion, tenia repartida por las siete horas canónicas la Pasion de Cristo nuestro Señor por el órden siguiente: en los Maitines, meditaba lo que Cristo padeció desde la Cena hasta la negacion de S. Pedro; en la prima, los tormentos y afrentas de casa de Herodes y Pilatos; en la tercia, los azotes á la columna y la coronacion de espinas; en la sexta, cuando llevó la Cruz acuestas; en la nona, la crucifixion y lo que padeció en la Cruz; en las Vísperas, su santa muerte y cuando le bajaron de la Cruz; y en las Completas, su sepultura, con que orando con la boca contemplaba con el alma, y siempre andaba bañado en dulces lágrimas de amor y devocion.

Era esto de manera que cuando leía algun libro devoto ó le oia leer, se encendia de manera que parecia salir de sí, y, sin poder reprimirse, exclamaba con afectuosos suspiros y clamores á Dios, lo cual le sucedió muchas veces en la mesa oyendo la leccion que allí se lee; y cuando advertia en ello, quedaba humillado y corrido de haber hecho aquella exterioridad, y pedia de ella perdon, y, por excusar esta nota, se retiraba á lugares escondidos, adonde ninguno le viese.

Sucedió entrar un religioso en una capilla de la iglesia poco despues de comer y verle en un rincon de ella todo levantado en el aire y trasportado en Dios con la fuerza de la contemplacion, lo cual le sucedia otras veces despues de haber dicho Misa por el incendio divino que encendia en su pecho aquel Señor Sacramentado, con quien tenia tan cordial devocion, y de quien se valia para acabar los negocios que emprendia de su servicio, como se verá por el caso siguiente:

Predicando en un pueblo halló dos hombres muy enemistados; hizo todo cuanto pudo para reducirlos á amistad, y, como no pudiese vencerlos, púsose á decir Misa para negociar con Dios lo que no podia con los hombres, y, moviéndole el mismo Señor interiormente, tomó la Hostia Consagrada en la mano y la llevó con la mayor reverencia que pudo adonde estaban los dos enemistados, y les hizo un breve razonamiento con palabras devotas y eficaces, pidiéndoles por aquel Señor que tenia en sus indignas manos que de-

pusiesen los odios y se redujesen á verdadera amistad; los hombres compungidos se arrojaron á sus pies; y, llorando su culpa, se hicieron amigos y se abrazaron en presencia de todos con grande edificacion.

Otra vez, dando las comuniones al pueblo, y llegando á darla á una mujer que estaba en el paño con las demás, sintió que le detenian el brazo, hizo fuerza para comulgarla y no pudo por la fuerza con que le detuvieron, y así la dejó por comulgar. Acabada la Misa la llamó aparte y la examinó muy despacio, y halló que no estaba bautizada; instruyóla, bautizóla y dióle la comunión, reconociendo que le habia detenido el Angel porque no la diese á persona infiel.

Su tercera devocion, y no la ménos cordial, fué con la Reina de los Angeles, á quien desde su niñez tomó por Madre y Patrona de todas sus acciones, y como á tal la veneraba, amaba y servia con todas las fuerzas de su alma. El nombre con que la invocaba era Madre admirable, Virgen Serenísima: todos los dias le rezaba su oficio de la Concepcion con otras muchas oraciones, y al fin de los Salmos en que la Iglesia glorifica á la Santísima Trinidad diciendo: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*, añadia: *et Beatae Virgini Mariae*, para alabarla tambien con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Siempre que la nombraba se enternecia en devocion, y procuraba tratar de sus excelencias con todos, para encenderlos en su amor; no hacia cosa que no lo comunicase con la Reina del cielo como con su Maestra y Consejera: dedicábale cuantas obras emprendia y hablaba con ella como con su propia madre con tanta familiaridad, que le oyeron algunas veces hablar en voz alta, respondiendo nuestra Señora á sus palabras con tanto cariño como si fueran hijo y madre; y con tal Consejera todo le salia bien, y alcanzó luz por su medio para las profecias que veremos despues. Los sábados, que le tenia dedicados, como arriba dijimos, se esmeraba cuanto podia en hacer todas sus obras con grande perfeccion; ayunaba rigurosamente, poníase los más ásperos cilicios, tomaba sangrientas disciplinas, guardaba inviolable silencio y tenia muchas horas de oracion contemplando sus excelencias y virtudes, que de esta manera celebran las fiestas de los Santos los verdaderos siervos de Dios, y no añadiendo comidas y regalos, festines y banquetes, con que los ofenden más que los sirven.

Por el mismo tenor tenia su día dedicado al glorioso S. José y le rezaba su oficio, y hacia muchas cosas en su servicio, y tambien á S. Miguel Arcángel, y al Santo Angel de su guarda, y á los demás Angeles del cielo. Fué así mismo muy devoto de S. Ignacio nuestro Padre, de S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja y los otros Santos de la religion, y cada día les rezaba oraciones particulares, pidiéndoles su proteccion y á otros muchos Santos

que refiere largamente el P. Simon de Vasconcelos en su *Vida*, lib. 7.º, capítulos V y VI, adonde pone por extenso algunas meditaciones devotas que compuso y usaba con grande usura de su alma para celebrar sus fiestas, y en particular la de su vocacion á la religion desde que salió de Lóndres hasta que fué recibido en ella, en que muestra la grande estima que tenia de este incomparable beneficio, que llamaba beneficio de beneficios, merced que encerraba innumerables mercedes, por la cual nunca cesaba de rendir gracias á Dios.

Ahora veamos algunas de las muchas que el Señor le hizo por medio de la oracion, á que fué tan agradecido que, para no olvidarlas, se hallaron escritas de su mano en unos apuntamientos suyos de que se pondrán algunos aquí.

X

Refiérense algunas Profecías de este siervo de Dios.

La luz que recibió en la oracion fué más que ordinaria, como lo fué tambien su fervor, penitencia y familiaridad que alcanzó con nuestro Señor, el cual le reveló muchas cosas futuras, otras ocultas y ausentes, entre las cuales se cuenta la restauracion de los reinos de Angola, que estaban tiranizados cinco años habia de los holandeses, el de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, en que los portugueses hicieron armada, aunque desigual en fuerzas á la de sus enemigos, para restaurarlos.

Fué nombrado por su General Salvador Correa de Sá y Benavides, persona de grandes prendas, el cual en llegando á la ciudad de Riojaneiro, adonde á la sazón estaba el P. Juan de Almeida, movido de la fama de su santidad, le pidió consejo para emprender la jornada, que á la prudencia humana parecia temeridad por estar el enemigo tan fortificado y superior. Y habiendo tomado el Padre tiempo para consultarlo con Dios, le respondió las palabras siguientes:

«Prepárese la armada con toda presteza, y sea de manera que á 12 de mayo esté fuera de la barra de esta ciudad, porque Dios le tiene preparado un felicísimo suceso; llegará á salvamento, alcanzará gloriosa victoria, restaurará los reinos de Angola en breve tiempo por medio de la Virgen nuestra Señora de la Asuncion y el Angel santo de la Guarda, á los cuales invocará en la empresa, y en tomando la ciudad y la fortaleza, levante un altar á San Miguel Arcángel, como á patron y protector de la guerra.»

Mucho gozo tuvo el general con tan alegre nueva, y dando las gracias al P. Rector del colegio, extrañó mucho la certeza con que prometió el P. Al-

meida la victoria señalando las circunstancias de ella, y, llamándole á parte, le dijo cómo se habia atrevido á dar tan ciertas esperanzas de cosa tan dudosa. A que respondió el siervo de Dios con la candidez de su conciencia: «Porque así me lo dijo Dios diciendo Misa, hablándome al corazon desde la hostia.» Y el suceso verificó la revelacion, porque todo sucedió como lo dijo.

Partiéndose el mismo general de allí á tres años á Lisboa, le profetizó el suceso de la navegacion, señalando el dia en que habia de desembarcar en la ciudad, que fué á veinte y uno de octubre, dia de Sta. Úrsula, como sucedió.

Tambien dijo al P. Antonio Rodriguez en el colegio de Riojaneiro el dia y hora en que alcanzaron la victoria en Angola, diciéndole que diese á Dios muchas gracias por ella, y tardándose el correo con la nueva, les aseguró que llegaria presto, señalando el dia, en el cual vino con ella con gozo universal de todos, en que no hay una profecía, sino muchas que califican la alteza de su espíritu.

Siendo mozo el dicho Salvador Correa de Sá y Benavides, y estando en S. Pablo perplejo si pasaria á Paraguay con una señora que iba por gobernadora de aquella tierra, le conoció los pensamientos, y sin preguntarle nada le dijo: «Vaya Vm. que no disgustará de ello su padre; el viaje será feliz, y tomará estado en esa tierra.» Y así fué, porque todo le sucedió bien y casó en Paraguay honradamente con aprobacion de su padre.

Estando el año de mil y seiscientos y cuarenta y siete cercada la Bahía por Segismundo, general de Holanda, armó nuestro Rector de Riojaneiro un navío con todo género de vituallas para socorrer á los nuestros cercados en la Bahía; señaló á un Hermano para que le llevase; la empresa era difícil por la muchedumbre de corsarios que surcaban los mares, pidió consejo al Padre Juan de Almeida, el cual dijo Misa, y, en acabándola, le abrazó diciendo: «Vaya, carísimo Hermano mio, que llegará sin riesgo y todo le sucederá como desea,» y así sucedió como el Padre se lo dijo, sacándole Dios victorioso de tantos enemigos.

Estando bien ocupado en Riojaneiro el H. Juan Oliveira, le vino orden del Provincial para que fuese luego al colegio de la Bahía y de allí á Pernambuco. Todo el colegio sintió esta mudanza por la falta que les habia de hacer, y querian proponerla al Superior para que se les dejase. El Hermano estaba dudoso en lo que habia de hacer, y por no errar consultó al P. Almeida, pidiéndole su parecer. El Padre lo encomendó á Dios, y en habiendo dicho Misa, le dió por escrito la respuesta siguiente: «Vaya, Hermano, á la Bahía, porque así lo quiere Dios, y yo le aseguro que tendrán buen viaje y feliz suceso los que fueren con él; no pasará á Pernambuco, sino que volverá presto